

El arte de recordar

IVETTE GÓMEZ

Abilio Estévez

El navegante dormido

Tusquets Editores

Barcelona, 2008, 377 pp.

ISBN: 978-84-8383-068-0

Con *El navegante dormido*, Abilio Estévez completa una trilogía narrativa cuyas dos primeras partes fueron *Tuyo es el reino* (1997) y *Los palacios distantes* (2002). En su nueva novela, el escritor vuelve a encallar en temas abordados en las dos primeras: la decadencia de La Habana post1959, el sentido de pérdida que suscita el presente revolucionario, la nostalgia por el pasado republicano, la persistencia del miedo, y la insistencia en la práctica de una memoria subjetiva que se opone a la objetividad de la Historia. Es ésta también una historia que se escribe a través del uso del recuerdo: en este caso, de la familia Godínez, historia contada por Valeria, uno de sus miembros.

Al ver cómo la nieve cubre el Hudson desde su apartamento del West Side neoyorquino, una Valeria casi cincuentona rememora los sucesos que desata, treinta años antes, en octubre de 1977, la llegada de un huracán a la apartada playa habanera donde vivía. El principal de ellos, la huida en un bote de su primo Jafet rumbo al Norte, evoca, a su vez, otra pérdida ocurrida treinta y seis años antes: la desaparición en el mar de su tío Esteban. Es la ausencia de estos dos jóvenes, Jafet y Esteban, «los navegantes dormidos» que se entregan al mar con un sueño —literal en el caso del segundo, metafórico en el caso del primero—, lo que estructura y da título a la novela.

Al igual que las anteriores novelas de Estévez, *El navegante dormido* es, definitivamente, una historia de pérdidas y ausencias, aunque también de presencias y recuperaciones, de rescates posibilitados por «el arte de recordar». Este arte se opone a otro, «el arte de la espera», que, como sugiere Rafael Rojas en uno de sus libros, cuenta con la inercia y la apatía, con la falta de rebelión

contra el poder, contra su uso autoritario del pasado y su dominio y manipulación simbólica del tiempo. Ante la pasividad de la espera, ese «nada que hacer, salvo esperar» (p. 317), el relato de Estévez opta por la actividad que genera el recuerdo. En la novela no es sólo Valeria quien recuerda el día en que su temprana juventud perdió un amor, su primo Jafet —el mar—, para encontrar otro, el mulato Juan Milagro —el monte—. También recuerda a su abuelo, José de Lourdes Godínez, el Coronel Jardiner, el día de júbilo en el que conmemoró el octavo aniversario de la proclamación de la República en el cuartel Columbia, y su abuela Andrea, quien rememora aquel otro día, aterrador, en el que perdió a su hijo Esteban. El tío Mino recuerda las noches de bares y estrellas de Hollywood de La Habana de los 50 y la tía Elisa, cuando su fe en la «justicia social» de la Revolución no le permitió saludar a Virgilio Piñera. Recuerda el tío Oliverio los meses de terror que pasó en la UMAP, y la negra anciana Mamina rememora la noche angustiosa en que escapó de la muerte en la guerrita de 1912, y la mañana milagrosa en que conoció a Samuel O. Reefy, el doctor de Wisconsin con el que tiene una hija y del que hereda el bungalow playero que comparte con los Godínez. Todos los personajes de la novela recuerdan, evocan tiempos de terror y felicidad, de glorias y desastres, pues la memoria, como la Historia, no está exenta de paradojas, y como ésta, también se mantiene en el límite entre la realidad y la ficción.

Contra el olvido, *El navegante dormido* ejerce el recuerdo. El recordar no es sólo la acción que hace posible la escritura de la novela, sino también su lectura. Un relato extenso y de pocos diálogos, poblado por más de una docena de personajes y hecho a base de fragmentaciones narrativas con saltos en el tiempo y el espacio, obliga al lector a hacer uso del recuerdo para no desorientarse, para ir armando el rompecabezas que se presenta ante sus ojos. Al final, triunfa la inseguridad que produce la práctica de la memoria, pues algunas de las historias que se narran quedan inconclusas (como la de Vicenta de Paul y su encuentro en Nueva York con el «hombre alto y elegante, con sombrero

panamá»), o se debaten entre la verdad y la fantasía (como los sucesos que preceden a la desaparición de Esteban, que son contados en tres versiones diferentes). Lo interesante de la novela de Estévez es que el recordar se convierte en la acción que conecta tiempos aparentemente inconexos y espacios que insisten en la inconexión: el 2007 de los Estados Unidos con carteles en contra de George W. Bush y del «desangre lento en que se había convertido la guerra en Irak» (p. 296) con la Cuba de 1977, en la que la escasez material y el exceso de intolerancia y censura hacen difícil creer el fin del «quinquenio gris». La relación imposible entre ambos países se hace posible en el texto a través de aficiones compartidas: la de Mino al jazz y al blues de Elmore James, Bing Crosby y Bessie Smith; la de Valeria a la literatura de Flannery O'Connor, Katherine Anne Porter y Stephen Crane. Además, la travesía del ferry *City of Havana*, que conecta la capital cubana con Key West; la existencia en medio de Wisconsin de un pueblo llamado Cuba City. Manifiesto de un vínculo que supera las barreras políticas, la última novela de Estévez rinde homenaje a la relación de la cultura cubana con la estadounidense. Esto es especialmente revelador (y relevante) si se considera que casi todos los epígrafes de la novela son citas de escritores norteamericanos: de W.H. Auden, Sherwood Anderson, Edgar Allan Poe, Elizabeth Bishop y Herman Melville.

El arte de recordar que practica la novela de Estévez no pretende la mitificación del pasado, ni su idealización, ni su recuperación total. La práctica de memorización presente en ella no apuesta por la restauración del pasado, no participa del uso nostálgico de la memoria que invoca y demanda el Estado: una nostalgia que gravita hacia lo colectivo y que se manifiesta en la reconstrucción de monumentos, emblemas y rituales patrios. A este tipo de evocación, la novela opone el uso de una memoria subjetiva, fragmentada e irónica, un recordar que procura diferenciarse de la añoranza. Este es el caso de Valeria, de la que se asegura que cuando piensa en Cuba no lo hace con nostalgia: «Nunca añorará esa tierra y nunca, en sus momentos más trágicos, ha sopesado la idea de regresar. Ni siquiera considerando la ilusa

esperanza de que en la isla se instaure alguna vez el paraíso terrenal. Valeria pensará que tanto los paraísos como los infiernos viajan con uno» (p. 288). El recuerdo se convierte así en la actividad que genera no sólo una reflexión crítica sobre el pasado, sino también una representación poco idealista y utópica del lugar de origen. Este sitio —y la identidad que de él se desprende— se mantiene susceptible a modificaciones, abierto a nuevas posibilidades en la novela; se presenta como un lugar imaginado, construido, al fin y al cabo, por la memoria y la escritura.

En Estévez, recordar se transforma en un arte que permite, desde el exilio, un acercamiento soslayado a la Isla, una aproximación marcada por el mismo ritmo de las mareas: por un *ir* y *venir* constante. La posibilidad de asirla, definirla o fijarla es tan improbable como frágil, es un bote enfrentado a un huracán o la memoria frente al paso de los años. Estévez logra de este modo lo que pocos escritores cubanos contemporáneos: rescatar la escritura de «lo cubano» del nacionalismo identitario (y de los otros «lugares comunes» en los que naufraga últimamente), para echarla a «navegar» por mares más universales (y de estilo). El autor se convierte, entonces, en el tercer «navegante dormido» de la novela —convencido, como Jafet, de que cualquier viaje de ida o de regreso es «un sueño» (p. 376)—, y opta por escribir a Cuba sólo desde la memoria: «Porque hay hombres que necesitan tanto de los paisajes como de los recuerdos» (p. 301). ■

¿Es justo y necesario?

CRISTÓBAL DÍAZ AYALA

VV. AA.

Historia de Cuba

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Ediciones Doce Calles S.L. Madrid, 2009.

ISBN (CSIC) 978-84-00-08790-6

Según se señala en la contraportada de la, este libro es el primer volumen del proyecto *Historia de las Antillas*, del que es Directora Consuelo Naranjo Orovio, coordinadora del

presente volumen. En sus siguientes entregas, se ocupará de la historia de la República Dominicana (vol. 2), vías Antillas no hispanas (vol.3), Puerto Rico (vol.4), para cerrar, en el vol. 5, con una Historia comparada de las Antillas.

En esta *Historia de Cuba* quince autores se han encargado de redactar los diecinueve capítulos de la obra. Seis son españoles, un francés, un checo, un italiano, tres cubanos de la diáspora, una cubana y otros dos autores que, al parecer, tienen su residencia permanente en Cuba aunque se encuentren actualmente en España. Seis cubanos y nueve extranjeros, entre ellos seis españoles, un país al que nos unen muchos siglos de historia común. Por la misma razón, sería lógico que apareciera algún «experto» de Estados Unidos, y algún latinoamericano. Claro que eso es lo de menos. Uno de los mejores libros sobre la historia de España lo escribió un inglés, Hugh Thomas. No necesariamente el *ius soli* garantiza la objetividad de un investigador. La mirada del otro siempre aporta una visión diferente y con frecuencia interesante.

En la liturgia de la misa católica, el prefacio de la Plegaria Eucarística comenzaba diciendo «Es justo y necesario», y me pregunto si este libro «es justo y necesario». Lo primero, porque creo que el concepto del «antillanismo» ha sido sobrepasado hace tiempo por el concepto de «caribeñismo», más abarcador y funcional. De hecho, la coordinadora señala en su «Presentación», donde alude al Caribe en varias ocasiones, que la génesis de este proyecto data de 2006, «en el marco de la Red de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico».

Y basta comenzar a leer el libro, para ver los nexos que tienen las Antillas con el resto del Caribe (en el concepto amplio que actualmente se le da a ese término) desde los comienzos de la conquista, una conexión imprescindible.

Por otra parte, es bastante difícil seguir una concatenación metodológica en este libro, bien sea cronológica o temática. Aparentemente, a los efectos de este libro no es importante fijar la fecha del descubrimiento de Cuba. Un capítulo comienza en 1500; otros, en 1510.

La primera parte, «Población», comienza con un Capítulo 1 muy bien construido por

Alejandro de la Fuente, «Población libre y estratificación social», y abarca de 1510 a 1770. El Capítulo 2, «Evolución de la población desde 1760 a la actualidad», a cargo de Consuelo Naranjo Orovio, se solapa diez años (1760-1770) con el anterior. Y se trata de una «actualidad» muy imprecisa: en un libro publicado en 2009, los datos más recientes son los del Censo de Cuba de 2002.

La segunda parte trata de la economía: En el Capítulo 3, De la Fuente cubre el período 1500-1700, y Antonio Santamaría García, de 1700 a 1959. En vez de seguir el orden establecido, lo que ocurre en la economía de 1959 a 2008 no aparece hasta la sexta parte, «Medio siglo de Políticas Económico-Sociales en Cuba Socialista», aunque muy bien explicada por Carmelo Mesa Lago.

La Tercera Parte, Sociedad, comienza con el Capítulo 5 dedicado a la esclavitud entre 1500 y 1886, y el 6, dedicado a la Sociedad (no esclava, 1510-1770), ambos firmados por De la Fuente. El Capítulo 7, de Joan Casanovas Codina, cubre «Sociedad no esclavizada. Grupos y vida cotidiana entre las reformas borbónicas y la independencia, 1770-1902». Y termina con el 8, Sociedad, que cubre de 1902 a 1959. Hasta ahí llega el relato. Aparentemente, no hay Sociedad en Cuba de 1959 en adelante.

En la Cuarta Parte, se le dedican 5 capítulos a la Política. El capítulo 9, «Cuba en el contexto internacional» comienza hablando de la primera mitad del siglo XVI (digamos 1550) y termina abruptamente en 1961 (p.251). El Capítulo 10 se ocupa de la «Organización político-administrativa y mecanismo del poder colonial, siglos XVI-XVIII». El 11, de «La vida política entre 1780 y 1878». El capítulo 12 es «Un nuevo orden colonial: del Zanjón al Baire, 1878-1898». Y el 13, «El desarrollo político, 1898-1962» sugiere que, como en el caso de la Sociedad, no hay vida política en Cuba a partir de 1962.

En La Quinta Parte, Cultura y Ciencia, los capítulos no tienen fecha: intentemos fijarla a través de sus textos. El Capítulo 14, «Apuntes para una historia intelectual», de Rafael Rojas, comienza acertadamente aludiendo al Diario de navegación de Colón, y termina abruptamente alrededor de 1971. En el Capítulo 15,

Literatura, se repiten muchos de los temas tratados en el capítulo anterior, comenzando en 1898, pero sí llega hasta la primera década del siglo XXI y, además, dedica espacio a la diáspora (p.426). El Capítulo 16, sobre la prensa y el cine, comienza con la *Gazeta de la Havana* (1764) y se llega a principios del siglo XXI, sin mencionar la prensa de la diáspora. En cuanto al cine, se va desde sus comienzos como espectáculo a principios de siglo XX con los primeros ensayos, hasta la explosión cinematográfica posterior a la Revolución, incluyendo una mención al cine de la diáspora. El Capítulo 17, «La arquitectura, las artes plásticas y la música en la cultura cubana» es, en realidad, la razón de ser de este análisis, aunque no podía dejar de anotar la falta de orden editorial, como una carrera en que los corredores arrancan desde distintos puntos de partida, y van abandonando la carrera en puntos diferentes.

Ante todo, me resulta increíble que en un libro de 625 páginas se le dediquen sólo 25 páginas a la arquitectura, las artes plásticas y la música, de ellas sólo 8 a la música, posiblemente la contribución más grande de Cuba a la cultura universal. En ellas no se menciona el primer género musical creado en Cuba, el punto guajiro, posiblemente desde mediados del siglo XVIII. El capítulo comienzan con los areitos que encontraron los españoles en 1492, y termina a «mediados de la década del cincuenta» (p.473).

Otras observaciones debemos hacer a las breves notas que, sobre la música, se van intercalando en este capítulo. En la p.456 que corresponde a la subsección titulada «Del areíto a los maestros de Capilla», se dice que «la música de los aborígenes desapareció o, más bien, se diluyó en el cancionero de los europeos». Muy diluída debe estar, porque como bien señala la propia autora en la página siguiente, nadie, ni siquiera Fernando Ortiz, ha podido, hasta ahora, encontrar esas reminiscencias.

Y en la página 457, parece necesario señalar que no era solamente la flota de la Plata la que empezaría frecuentar el puerto de la Habana a mediados del siglo XVI, sino muchos de los navíos españoles en su viaje de ida o vuelta, hasta hacerse obligatoria esta última visita mediante el sistema de navegación conjunta de

la Flota que empieza a funcionar en 1543 y se consolida en 1561, estableciendo La Habana como puerto de reunión para que todos los navíos crucen juntos el Atlántico dos veces al año. (Leví Marrero; *Cuba, Economía y Sociedad*; vol. 2, p.148). Las bases de la música cubana empiezan a fraguarse en esa gran retorta en que se convierte La Habana durante semanas: mezcla de razas y nacionalidades.

Es cierto, como dice la autora, que las primeras grabaciones de son fueron cuatro números grabados en 1917 en Nueva York por el Cuarteto Oriental. Pero fueron más difundidas las realizadas en La Habana en 1918 por el Sexteto Habanero de Godínez (Díaz Ayala, Cristóbal; *Discografía de la Música Cubana, 1898-1925*, p.324).

Como señalamos antes, el relato de lo musical termina abruptamente a mediados de los 50. No puede responsabilizarse a la autora, Zoila Lapique. En obras de esta naturaleza, establecer y delimitar las áreas que cubrirá cada colaborador y fijar el número de páginas de acuerdo con la importancia del tema es responsabilidad de la coordinadora o editora. Pero ignorar las artes plásticas y la música cubanas, dentro y fuera de Cuba, de los 60 en adelante, es imperdonable.

Tuvo más suerte la Ciencia, a la que se le dedicaron las 43 páginas del Capítulo 18, aunque, salvo Carlos J. Finlay, entre los científicos cubanos no conozco figuras de la talla universal de José Martí, Ernesto Lecuona, Wilfredo Lam, etc.

Es incomprensible que el tema de la «Población» llegue hasta 2002; la «Economía», hasta 2008; la «Sociedad, Cultura y Ciencia», hasta 1959, y la «Política», hasta 1963. Por qué no se habla de una diáspora, que según datos de la propia Naranjo (p.56), ascendía a 1.200.000 personas (sólo en Estados Unidos) a principios de este siglo.

Creo que ésta será una de las pocas ocasiones en que tanto la diáspora como la población de la Isla concuerden en que se trata de un libro muy insatisfactorio, aunque sus redactores nos entreguen en muchos casos excelentes trabajos. Gracias a la falta de coordinación y planeamiento integral del tema, el ajuste entre esos trabajos, su integración en un volumen coherente, dejan mucho que desear. ■

Los animales humanos de García Ramos

JESÚS J. BARQUET

Reinaldo García Ramos

El ánimo animal.

Ilustraciones de Justo Luis (Justo Luis García).

Coral Gables: Bluebird, 2008, 74 pp.

ISBN: ISBN: 978-1-60702-683-9

Se cree que son muchos los peculiares atributos que colocan al ser humano en la cúspide del desarrollo biológico, pero bestiarios poéticos como éste de Reinaldo García Ramos (RGR) nos recuerdan que las semejanzas entre los reinos animal y humano son mayores o más significativas que las diferencias. Ni las motivaciones ni los comportamientos de estos animales de RGR nos son ajenos, ya que estos se definen a partir de dicotomías que tanto ellos como nosotros hemos sabido resolver con mayor o menor fortuna. De esta forma, «saber/no saber» se resuelve en una inocencia de connotaciones éticas derivada y salvada de la sabiduría obtenida en la experiencia; «movimiento/fijeza» se resuelve a favor de la paz interior que, frente al caos y sinsentido exterior, ofrece la quietud; «ser uno mismo/ser otro» se apunta como ese extraño pero común afán o movimiento incesante del espíritu de querer ser precisamente lo que no es; «afuera/adentro» opta por la defensa de un espacio íntimo, incontaminado, que se define como vigilia onírica o sueño alerta; «capturar/ser capturado» (o «victimario/víctima») alude igualmente a la existencia humana, sea porque ilustra dramáticamente el ansia de devoración física o emocional que mueve a los necesitados de poder o predominio, o porque revela paradójicamente ese otro impulso de querer dejarse capturar o domesticar.

El sueño de la imaginación poética de RGR no produce bestias inéditas o mitológicas, como puede verse en otros bestiarios, incluso aquellos con análogo interés por espejear lo humano. Aquí, las únicas entidades inventadas no aspiran ni al mito ni al asombro; son dos humildes y cotidianos animales «metafóricos», advierte RGR: la pajarita de papel y la gallinita ciega (p. 30). Sus animales reales corres-

ponden a los más diversos ambientes naturales: aves, peces, insectos, roedores... Y hay un interés peculiar por los animales precisamente devaluados y/o escasamente legitimados o sublimados por la cultura occidental: alacrán, ratón, lechuza, grillo, hormiga, termita, rana, tiburón, oso hormiguero, pato, puerco espín, buitres, araña, majá, jicotea...

La resonancia cubana de esos dos últimos vocablos se halla también en las dos «versiones» de «La víbora del veneno», alusión a un poema de los *Versos sencillos*, de José Martí. Claramente emparentada con la satanizada serpiente bíblica, la tradicional víbora «despreciable» halla justicia en este libro: RGR señala la natural inocencia de las víboras: «se alimentaban de legumbres y de flores silvestres; tenían colmillos poderosos, pero no sabían para qué les habían dado aquel líquido extraño» (p. 15), y deja constancia de la protesta de la víbora «cuando le informaron que iba a ser un animal venenoso» (p. 38).

El tema de la devoración, asociada a «capturar/ser capturado», estructura el cuaderno. Gesto vital e instintivo del reino animal (y, asimismo, del reino humano), dicha devoración, sea física o emocional, constituye una forma de poder o de predominio y, en este sentido, un recurso imprescindible para sobrevivir, pero también para jugar, soñar y alimentar ilusiones. Tal como se ve en el ser humano que RGR incluye entre los animales de su bestiario. No ahogado ni muerto, sino inmerso en un hábitat ajeno (el agua), este ser humano no indicado en el título del poema («Peces hambrientos») ni clasificado en el texto, sino revelado por el «yo» poético («mi cuello», «mi garganta», «mi pecho», «mi piel»), se siente eróticamente «palpitante y ansioso» frente a los peces que lo rodean con sus «fauces deliciosas». Ser devorado por ellos («rotunda dentellada», «me despedazan») no le provoca temor ni deseo de huida, sino un placer infinito que le descubre «sueños», y a dicho placer se entrega sin reserva alguna (pp. 68-69).

Así como RGR captura a estos animales en el espacio humano del libro, los peces, en su hábitat natural capturan al ser humano, y en el siguiente poema se transforman de victimarios en víctimas satisfechas entre los danzantes tentáculos de la anémona: «un repentino

elogio» sienten los peces al ser capturados por ésta (p. 70). Así, un juego de espejos, de inversión de papeles, de disfrute o agonía en uno u otro destino existencial, estructura formalmente la composición del libro, con poemas que se responden o dialogan entre sí y permiten, al exponer a los animales con rasgos contrastantes, una infijeza en su caracterización y, consecuentemente, la comprensión de la psiquis humana.

El poemario está dedicado al artista cubano Justo Luis, quien es autor, además, de las ilustraciones de este maravilloso libro. Todas fueron creadas a partir de los poemas, sin que esto haya significado dependencia. Muchos dibujos exceden la mera transcripción a imagen del poema para incorporar una sutil interpretación o comentario plástico, como se ve en la imagen de la «lechuza retirada». Allí donde RGR construye una lechuza cansada del mundo, Justo Luis adjudica a su lechuza, con la línea y el tono de los ojos y pestañas, con la expresión facial resultante, una superioridad levemente coqueta que enriquece lo sugerido por el poema (pp. 16-17).

Además de las ilustraciones a toda página de cada poema, hay pequeñas viñetas dispersas por algunos textos. Entre ellas se destaca un *leitmotiv* plástico: la imagen de un oso atrapando con su garra un panal de miel y haciendo huir a las abejas. Corresponde al poema «Salvaje hormiga», pero reaparece en otros contextos. La idea de hormiga está implícita en el panal, pues la imagen se deriva del último verso, donde la hormiga antigregaria está consciente de que su acto de libre afirmación individual puede llevarla al placer y, desde ahí mismo, a su destrucción: «Voy a encontrarme con el oso, o con la miel». Contrastando con la hormiga rebelde aparecen las otras del poema, las conformistas y desindividualizadas, hechas «para seguir la fila, / para ir y venir por el mismo camino» (p. 45).

El poema y su viñeta sintetizan así los elementos (libertad individual, riesgo, placer, devoración) que conforman, junto a otros del libro, una concepción del sentido de la existencia individual humana. Al optar por la individuación, opción presente ya en libros anteriores de RGR, se cuestionan o desaprueban las conductas y los discursos gregarios y

homogeneizadores que han marcado, hasta hoy, importantes momentos en la historia de la humanidad. Asimismo, en «Encuentro de culebras» reaparecen esos entes biológicos tanto animales como humanos que, revueltos en un «nudo de víboras» (título de una novela de François Mauriac), «una y otra vez hacen lo mismo», repiten o mimetizan hasta los gestos de sus supuestos enemigos (p. 33).

El ser humano tiene en este bestiario otro poema significativo: «Magistral juego». Como espectadores, vemos a los pingüinos divertirse en el «escenario magistral» que les han creado en el zoológico del Parque Central de Nueva York. No están conscientes —cree, tal vez erróneamente, la humana voz poética— de que todo ese hábitat «es falso». Para ellos, la vida es como un juego inocente largamente disfrutado. Aparece ahora entre los animales y los humanos, ya no la analogía que hemos apuntado, sino un curioso contraste que nos coloca en una posición inferior a la de las bestias. Atónitos, escépticos, incrédulos, miramos a estos pingüinos «sin comprender su solución del juego», que debiera ser la vida (p. 49). El sabio y saludable espíritu o ánimo que irradian estos candorosos pingüinos —junto con el conejo, el cocodrilo, la lechuza y otros— parece alertarnos de que hay algo roto en el reino humano. Urge, sin excusa alguna, aprender de los animales para, como dice la lúdica tonadilla implícita en el título del cuaderno («alánimo, alánimo, la fuente se rompió»), mandarnos a componer. ■

De Trotsky y el desencanto

LUIS MANUEL GARCÍA MÉNDEZ

Leonardo Padura

El hombre que amaba a los perros
Tusquets Editores, Barcelona, 2009
573 pp. ISBN: 978-84-8383-136-6

Cuando supe que Leonardo Padura se embarcaba en una novela sobre el asesinato de León Trotsky por Ramón Mercader, pensé que se estaba metiendo en camisa de once varas por varias razones. Se trata de una historia harta conocida. La vida de Trotsky (física e

ideológica) puede recorrerse al detalle tanto en su autobiografía *Mi vida* (1930), como en *La revolución permanente* (1930) y *La revolución traicionada* (1936). Por si fuera poco, existe una copiosa bibliografía al respecto, comenzando por tres libros excelentes de Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta armado*; *Trotsky, el profeta desarmado*, y *Trotsky, el profeta desterrado*, así como el *Trotsky en el exilio*, de Peter Weiss. Sobre el asesinato hay libros, obras de teatro y películas. Entre otras, la pieza teatral *Trotsky debe morir*, del peruano José B. Adoph; la tendenciosa biografía novelada *El grito de Trotsky*. Ramón Mercader, *el asesino de un mito*, del periodista mexicano José Ramón Garmabella, o *Cómo asesinó Stalin a Trotsky*, de Julián Gorkin. Salvo sus diez minutos finales, es prescindible la película *El asesinato de Trotsky* (1972), de Joseph Losey.

Trabajar sobre materia prima tan manoseada exigiría del autor no sólo pericia y sagacidad narrativa, sino un enfoque verdaderamente novedoso y una inmersión a fondo en los pasadizos de la naturaleza humana si quería salir airoso. Más una dificultad extraliteraria. La figura de Trotsky ha sido y es en Cuba tabú. Si los viejos comunistas del Partido Socialista Popular (PSP) fueron estalinistas ortodoxos, los nuevos comunistas del PCC se alinearon con el postestalinismo brezhneviano y acataron la línea de ocultación de la vida, la obra y, especialmente, del asesinato del fundador del Ejército Rojo. Del mismo modo, en la Isla se ha escamoteado la colaboración de Stalin con Hitler, su diktat a los comunistas alemanes que permitió el ascenso del Führer, las invasiones de la URSS a Polonia, Finlandia y los países bálticos, así como su actuación en la Guerra Civil Española. Asuntos que Padura ventila con acierto en este libro.

El resultado es una novela extensa y, en buena medida, intensa. A pesar de ser la historia de una muerte anunciada, Padura arrastra al lector página tras página con un nervio y una garra narrativa admirables, aunque desigual entre los diferentes hilos argumentales. Coincido con Javier Fernández de Castro (<http://www.elboomeran.com>) en que «Padura es un narrador de largo aliento y sabe situar al lector en el tiempo, el espacio

y la perspectiva de quien habla en cada momento, y (...) que no decaiga el interés».

A propósito de la estructura de *El hombre que amaba a los perros*, el autor afirmó que se trata de tres novelas en una, «el gran desafío es que consigan una armonía» y que se integren (<http://laventana.casa.cult.cu>). Yo prefiero hablar de dos líneas argumentales concurrentes y una prescindible. La primera línea narra la vida de Liev Davidovich Bronstein, más conocido como León Trotsky, desde su confinamiento en Alma Atá y su exilio en Turquía, Francia y Noruega, hasta su muerte en Coyoacán. La segunda, cuenta la conversión del combatiente republicano Ramón Mercader, alias Jacques Morand, en sicario al servicio de Stalin y su consumación. Y la tercera, que se desarrolla en La Habana desde 1976 hasta 2004 o 2005, tiene como protagonista a Iván, y su desmoronamiento desde sus inicios como escritor promisorio hasta su ruina final, siendo Daniel Fonseca Ledesma, otro escritor devenido taxista, quien funge como narrador de la historia cumpliendo el mandato de su amigo.

Tres tonos e intensidades bien diferentes marcan las tres líneas argumentales. Y ello también se refleja en su peso dentro de la obra. Hay una proporción casi geométrica entre las tres historias: la línea argumental de Iván, que ocupa 109 páginas de la novela, es casi duplicada por la línea de Trotsky, con 176 páginas, y ésta, a su vez, es casi duplicada por la línea de Mercader, que ocupa 269 páginas. Y no es casual que eso ocurra y que la preeminencia de una sobre otras se acentúe a medida que avanza la obra. Si en la primera parte, Trotsky y Mercader tienen el mismo peso seguidos a distancia por la vida de Iván; en la segunda parte la historia de Trotsky duplica las páginas que el autor le dedica a Iván, y la de Mercader las triplica. En la tercera parte, Trotsky ya ha desaparecido y Mercader acapara las cuatro quintas partes, para concluir con una coda en la vida de Iván que enlaza con el capítulo 1.

La historia de Trotsky está narrada en una prosa exacta, concisa, casi exenta de diálogos y florituras. Como un buen libro de historia plagado de datos que, no obstante, lejos de entorpecer la lectura, sitúan al lector

Miércoles 8 de Julio de 2009.

Primera noche en la Habana. Daniel insiste en quedarse a dormir en casa de su abuelo. Quiere vivir como los cubanos. ¿Y los cubanos, quieren vivir como los cubanos? Le dejo la pregunta que intentará responder durante los próximos días.

diario *delirio* **habanero**
luis manuel garcía méndez



colección VUELAPLUMA
MONO AZUL editora



mono azul editora

MONO AZUL EDITORA · www.monoazuleditora.com · monoazul@monoazul.es · (34) 954 773 633
Pedidos para España: UDL LIBROS · pedidos@udllibros.com · T. 918 823 280
P. Internacionales: LA PANOPLIA EXPORT · export@panopliadelibros.com · T. (34) 913 004 390

(particularmente al lector cubano, adoc-trinado a silencios) en los contextos de una historia que, de otro modo, sería ininteligible. Aunque la visión que se ofrece de Trotski es bastante amable, no se excluyen su protagonismo en la represión ni sus juicios más descarnados sobre la revolución traicionada, e incluso sobre su propia praxis revolucionaria como el germen del estalinismo. Es precisamente en esta zona donde el lector cubano encontrará más guiños hacia su realidad inmediata, un estalinismo de baja intensidad.

La vida de Ramón Mercader es el más «novelesco» de los hilos narrativos. Contada con una intensidad dramática que recuerda los mejores momentos de *La novela de mi vida*, es la zona mejor resuelta de la novela. Al estilo del Víctor Hughes de Alejo Carpentier en *El siglo de las Luces*, un personaje histórico pero epigonal, con todas sus áreas de silencio, permite a Padura novelar, construir al personaje literario con todas sus aristas, rellenando los huecos de verdad histórica y comprobable con una configuración verosímil. La información se engarza adecuadamente con la dramaturgia y el lector entra con asiduidad en la piel de Mercader, un efecto que no abunda en la narrativa cubana. Incluso algunos de los secundarios seducen en esta zona por su veracidad: el cínico Kotov y todos sus alias, y, sobre todo, esa Caridad que opera en el texto como una Mariana Grajales perversa con toques incestuosos y una soledad más devastadora que la del propio protagonista.

La tercera línea argumental, la del joven Iván que conoce accidentalmente a Ramón Mercader mientras éste pasea a sus perros por la playa de Santa María del Mar, es la más endeble. Si los primeros dos hilos narrativos son imprescindibles para la consumación de la historia, éste es perfectamente prescindible. Siguiendo la estela de *La novela de mi vida*, Padura ha necesitado anclar explícitamente el pasado en el presente, el *outside* en el *inside*. Pero, a diferencia de la novela de Heredia, donde la búsqueda de los documentos le concede a la historia en presente (a mi juicio, también prescindible) una mayor solidez argumental, en este caso la conexión entre Iván y Mercader resulta, cuando menos, poco verosímil. Un sicario

entrenado para el silencio, que durante veinte años de prisión no reveló ni siquiera su verdadero nombre, de pronto decide contar a un joven pichón de escritor una historia truculenta que, aun hoy, no ha sido totalmente desclasificada. Y eso, acompañado por un agente de la Seguridad y en un país totalitario donde operan idénticos mecanismos a aquellos que lo condenaron al silencio. No le basta y, agonizante, lega al joven el manuscrito inconcluso de esa historia. Ni siquiera la sorpresa justifica esta línea argumental, porque, como bien señala Javier Goñi en «El grito de Trotski» (<http://www.elpais.com>), el lector adivina antes que Iván la verdadera identidad de «el hombre que amaba a los perros». La única explicación de este *tour de force* del autor es su necesidad de establecer un paralelo explícito entre el estalinismo y el castrismo, entre dos «revoluciones traicionadas», para decirlo en palabras de Trotski, entre dos utopías estranguladas por la ambición y el miedo. Ciertamente, esto continúa la saga de sus anteriores novelas, pero más acusada. Ya no se trata del Mario Conde desencantado que abandona la policía, ni del policía de *La novela de mi vida* que, al final, resulta un bandolero y es excretado por el sistema. Aquí no se trata de una «papa podrida» cuya expulsión preserva la bondad del sistema. Ahora es el saco entero, todo el sistema, toda la utopía la que se ha podrido irremisiblemente. En ese sentido, es el drástico final de una lenta e implacable decepción. Pero lo que puede ser eficaz en términos políticos, no lo es en términos literarios. Ya la literatura (el periodismo, el cine, la música) del Período Especial constituye un verdadero subgénero en el arte cubano. Y la descomposición social que nos pinta el autor no añade nada nuevo a ese catálogo de desgracias. Incluso la muerte de Iván, que Padura nos ofrece como una alegoría, peca de obvia. Por el contrario, sospecho que el buen lector habría agradecido una visión más elíptica y tangencial de la realidad cubana a través de las historias cruzadas de Trotski y Mercader.

Según el autor, el hecho de que Mercader viviera en Cuba desde 1974 y muriera allí en 1978 fue algo que lo atrajo desde el primer momento. Pedro Campos, en «El Hombre que amaba los perros, última novela de Padura»

(<http://www.kaosenlared.net>), cuenta que en la Casa de las Américas, durante el encuentro de Padura con sus lectores, la pregunta imprecisa de uno de los asistentes quedó en el aire: «¿Tenía Mercader vínculos y la eventual protección del Estado cubano durante su permanencia en nuestro país?». Padura respondió que Caridad, la madre de Mercader, trabajó como secretaria en la embajada de Cuba en París en los primeros 60 (uno no se la imagina como taquimeca A) y que sí había identificado vínculos de Mercader con figuras importantes del PSP que lo auxiliarían en Cuba tras asesinar a Trotski. Claro que la presencia de Mercader en la Isla durante la segunda mitad de los 70 no puede ser atribuida a esas «figuras importantes», sino a las nuevas «figuras importantes». Comprendo que ese es terreno minado. Quizás aquellas «figuras importantes» del PSP ya hayan muerto, pero las otras están vivitas y coleando en el poder. Por otra parte, acceder a una información veraz sobre estos hechos en un gobierno emparejado de secretismo habría sido tarea imposible para un autor que pretendía construir ficción con la historia o, en su defecto, con la verosimilitud histórica como materia prima. Aun así, cualquier lector saldrá de estas páginas con varias preguntas: ¿Quiénes en el antiguo PSP estaban dispuestos a acoger al asesino de Trotski en 1940? ¿Quiénes y por qué le otorgaron visa de tránsito a su salida de la cárcel, cuando ningún país se la concedió? ¿Fueron los mismos «quiénes» los que lo premiaron con una amable jubilación caribeña? ¿Por qué o a cambio de qué? Si me he arriesgado a juzgar lo escrito asumiendo cualquier margen de error, no voy a juzgar lo no escrito. En el mismo artículo, Pedro Campos concluye que «para los cubanos, en particular, será también un gran descubrimiento identificar cómo 25 años después de la muerte de Stalin en 1953, el estalinismo tenía profundas raíces echadas en nuestra sociedad, al punto de servir de resguardo y guarida final al asesinato del iniciador, junto a Lenin, de la Revolución de Octubre. (...) Quizás, se tratara de una señal premonitoria del destino, anunciando que los «últimos años» del estalinismo serían en tierras caribeñas».

No creo que esta novela, ni ninguna otra, marque el fin de las utopías, que son consus-

tanciales a la naturaleza humana. Utopías sociales, políticas, religiosas, científicas vienen signando los pasos del hombre desde que las civilizaciones empezaron a dar noticias de su existencia (y quizás antes, utopías ágrafas). Y tampoco coincido con Padura en que esta «novela podría ser un aporte en la búsqueda de una nueva utopía», tras el fracaso de la Revolución Rusa (Carmen Oria en <http://www.cubaliteraria.cu>). Aunque busqué con ahínco esa invocación, atisbo, premonición de una nueva utopía, sólo encontré el réquiem de la anterior, su certificado de defunción extensible al presente.

En un encuentro con sus lectores en la Casa de las Américas de La Habana, Padura aseguró que este libro es «el más difícil de concebir, el más ambicioso, el más complejo, el más profundo que he escrito hasta hoy» (<http://laventana.casa.cult.cu>). Cualquier lector podrá comprobar que, dada la selva donde se ha adentrado Leonardo Padura en *El hombre que amaba a los perros* (por cierto, en esta novela todos, incluso el autor, aman a los perros) ha salido casi indemne y nos ha regalado una novela desolada, intensa y muy recomendable. ■

Un estudio ejemplar

ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA

**María de los Ángeles Meriño Fuentes
y Aisnara Perera Díaz**

Un café para la microhistoria: estructura de posesión de esclavos y ciclo de la vida en la llanura habanera (1800-1885)
Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008
201 pp. ISBN: 9789590610943.

Un café para la microhistoria no es, para bien, lo que cabía esperar por su título. Se trata de una historia local, no exactamente *micro*, de un pueblo al sur de La Habana, Quivicán. Historia, además, de sus cafetales —una actividad de primer orden en Cuba durante buena parte del siglo XIX, pero cuyo estudio ha despertado poco interés— y de la sociedad esclavista y colonial, que se fue

conformando en torno a ellos. Para más mérito, las autoras no son investigadores profesionales, pero muestran un adecuado conocimiento de los debates historiográficos y abordan el problema con un enfoque y una metodología de estudio dignas de mención.

Comienza el libro con la primera noticia que se tiene de una plantación de café en Cuba. Fue en 1748 y en la llanura habanera, y gracias a ella surgiría San Pedro de Quivicán, la localidad investigada. Esto ocurre cuatro decenios antes de que en el oriente insular la inmigración francesa procedente de Haití tras su revolución (1791) desarrolle ese cultivo.

Un censo de 1844, el documento sistemático más antiguo sobre la posesión y uso de la tierra en Quivicán, sirve a las autoras como referente para analizar el desarrollo de los 38 cafetales del municipio. Emplean fuente locales procedentes de los registros parroquiales y protocolos testamentarios, lo que les permite estudiar el tamaño de las explotaciones, su financiación, propiedad y los cambios que se dieron ella, pero, sobre todo, pues ese es el objetivo del libro, el régimen esclavista en los cafetales, lo que determinó la estructura de la población y su sociedad.

Temática y metodológicamente la investigación es absolutamente original en la historiografía cubana que, como ya se ha dicho, para el caso de la cafeicultura, es escasa y discontinua, se centra sobre todo en la mitad Este de la Gran Antilla y en problemas económicos. El libro incluye un capítulo que la analiza pormenorizadamente, pero con el fin de insistir luego en otras cuestiones al menos igual de relevantes. Las autoras sostienen que el cultivo del café en Quivicán tuvo características específicas que dieron lugar a particularidades en el régimen de posesión de los esclavos, y que ello determinó el ciclo de sus vidas individuales y familiares. Se estudian esas vidas vinculadas con las de sus dueños, pues no sólo es evidente que así, entrelazadas, es como se dieron y, por tanto, como deben examinarse, sino que, además, el mejor modo de conocerlas es a través de la documentación acerca de los dueños, mucho más rica y abundante.

Los registros mercantiles y testamentarios muestran una gran continuidad en la estructura

de la propiedad de los cafetales quivicanos a partir de la formación de redes de parentesco y negocios. En 1844, dos tercios de sus dueños eran quienes los habían fundado o sus herederos. Eran, además, mayoritariamente criollos y dedicados a la agricultura como actividad principal, aunque absentistas (solían vivir en La Habana) y, sobre todo, hombres. Las mujeres, algo común en la sociedad cubana, sólo se convertían en propietarias por herencia o viudedad. Al casarse, quedaban *ocultas* tras el marido.

Analizan las autoras, asimismo, la financiación de los cafetales y prueban que no fue muy diferente del caso de los ingenios. El modo habitual de conseguir capital fue mediante préstamos refaccionarios con hipotecas sobre la propiedad. Los gastos de instalación fueron elevados y la mitad se dedicó a adquirir la tierra y/o a la siembra de las cepas, arbolado para darles sombra y otros cultivos. Un tercio se destinó a sufragar la infraestructura de producción y el 15 por ciento restante a comprar esclavos. El mantenimiento de la finca y los desembolsos específicos de cada cosecha también requirieron crédito, como muestra el análisis de las hipotecas que, además, se usaron para costear las cargas a favor de la Iglesia, hospitales y Obra Pía, siempre presentes en los testamentos, las deudas con Hacienda por la demora en el pago de la alcabala y demás impuestos y, esto es mucho más original, para garantizar la parte de la herencia correspondiente a los hijos menores.

Prueban las autoras también que una buena gestión del negocio fue determinante para obtener crédito. Y, por contra, las malas prácticas y el dispendio suelen explicar los casos de pérdida de las propiedades, más aun, en las pequeñas y medianas fincas que predominaron en el medio rural cubano, salvo en el sector azucarero. De hecho, la mayoría de los habitantes libres de la localidad se dedicaban a labores del campo en explotaciones bastante diversificadas, atendidas por familias blancas. En ellas también se sembró algo de café, que, por tanto, no fue producto exclusivo de los 38 predios registrados como cafetales y objeto de este estudio.

Lo que sí distinguió a los cafetales en Quivicán, aparte de acaparar las mejores tierras,

Novedades



Gabriel García Márquez, la modernidad de un clásico

José M. Camacho /
Fernando Díaz (Edts.)
228 págs. 15,00 euros
ISBN: 978-84-7962-465-1

Una compilación de numerosos ensayos sobre la trayectoria vital y la obra del Premio Nobel colombiano. Colaboran en el volumen, entre otros, Giuseppe Bellini, Dasso Saldívar, Ángel Esteban, Robin Lefere y Carmen Alemany.



Representaciones del personaje del negro en la narrativa cubana

Carlos Uxó González
308 págs. 15,00 euros
ISBN: 978-84-7962-487-3

Desde la perspectiva de los estudios subalternos este ensayo aborda la problemática presencia del personaje del negro en la narrativa cubana desde la Colonia, la República y la Revolución, hasta nuestros días, con especial énfasis en la llamada generación de "los Novísimos".



La Estética de George Santayana

Ricardo Miguel Alfonso
(Editor)
336 págs. 35,00 euros
(tapa dura)
ISBN: 978-84-7962-460-6

Un volumen colectivo sobre un pensador que, al tiempo que elabora una particular concepción de la Filosofía, deja entrever los sentimientos y los actos del hombre. Colaboran, entre otros, María Zambrano, Raimundo Lida, Irving Singer, Philip Blair Rice y George Boas.



La cultura japonesa reflejada en su lengua

Federico Lanzaco
Salafrañca
156 págs. 12,00 euros
ISBN: 978-84-7962-496-5

El propósito de este libro es didáctico y divulgativo. Ofrece una visión panorámica de gran interés para los que se interesen por la lengua y la cultura contemporáneas japonesas. El libro es el resultado de las cinco décadas en que el autor ha convivido con la cultura y la vida cotidiana de Japón.

EDITORIAL  *Verbum*

Eguilaz, 6, 2º, Dcha. 28010 Madrid. Tel.: 91 446 88 41. Fax: 91 594 45 59
e-mail: verbum@telefonica.net • www.verbumeditorial.com

lo que dio lugar a fuertes desigualdades socio-económicas en su población libre, fue el uso de esclavos, hasta el extremo de que dos tercios de los que había en la localidad en 1844 pertenecía a los dueños de esas fincas. La dotación habitual era de unos 30 individuos, aunque con la mitad y una buena administración, el negocio podía ser rentable. Según se ha dicho, por otro lado, se trataba de explotaciones de tamaño medio (entre 100 y 200 hectáreas) en las que, además, fue común sembrar cultivos alimentarios y criar algún ganado para el autoabastecimiento.

Otra aportación del estudio de Meriño y Perea es que prueba que no hubo una relación directa entre el número de esclavos y de matas de café en las fincas de Quivicán. El cociente que arrojan los datos disponibles es muy elevado comparado con las cifras que ofrecen los estudios sobre otras localidades. Aunque esos estudios no son concluyentes y seguramente en el caso que nos ocupa el trabajo de las dotaciones propias fue completado con el de los propietarios y algunos campesinos y esclavos arrendados –costumbre usual en Cuba–, las autoras sostienen que la mano de obra fue sobre-explotada, especialmente a partir de 1840. Desde los años 40 del siglo XIX, las dificultades para mantener la trata aumentaron extraordinariamente el precio de los africanos, lo que dificultó adquirirlos e hizo que fuese más rentable venderlos o alquilarlos y, además, el cultivo de café inició una crisis en la Isla que acabaría eliminándolo virtualmente de su comercio exterior en muy poco tiempo. La competencia de otros productores fue la razón de dicha crisis.

La razón por la que Meriño y Perea titulan su libro como microhistoria es porque el estudio, además de local, se completa con el examen de algunos casos específicos. Sólo a través de ellos es posible alcanzar el objetivo de analizar el ciclo de vida de los esclavos. Ahora bien, la intención manifiesta de obtener de ello conclusiones más generales reduce esa catalogación a lo meramente metodológico y en ello radica su valor, originalidad y lo que convierte la investigación en una joya de la reciente historiografía cubana.

Analizan las autoras el origen de los cafetaleros, la forma en que accedieron a la pro-

piedad de las fincas y decidieron sembrar un producto y no otros, y las estrategias de gestión, que dependieron de factores diversos: calidad del suelo, clima, comportamiento de los mercados y precios, enfermedades que afectaron a las cosechas y esclavos, disponibilidad de crédito y tecnología, relaciones sociales, herencia y legado de sus bienes, habilidades adquiridas y aprendidas. Algunos fueron inmigrantes que llegaron a Quivicán en busca de oportunidades que se les negaban en su lugar de origen; otros, hijos de agricultores que tras recibir su sucesión decidieron fundar un cafetal; otros lo adquirieron tras trabajar para terceros. Además, hubo quienes nada aportaron a sus fortunas en sus distintos matrimonios y quienes recibieron tierras como dote de boda. De todas esas guisas tienen los tres casos estudiados por Meriño y Perea, y la diversidad es aún mayor cuando se entrecruzan tales variables con las también diferentes prácticas empresariales, redes y vínculos socio-familiares y con el modo de financiarse.

Los tres hacendados analizados son ejemplos de éxito, y ésta es una de las pocas objeciones que pueden hacerse a *Un café para la microhistoria*. Quizás las conclusiones habrían variado de haber elegido algún fracaso, aunque tal vez la documentación no lo permite. Los tres dejaron a su descendencia más de lo que tenían cuando iniciaron sus negocios e intentaron evitar el despilfarro de sus bienes y la incertidumbre que habría supuesto no precisar con detalle el destino de su legado. Destaca así del estudio de los testamentos que sus firmantes no procurasen impedir la división de sus propiedades. La ley española la favorecía, pero existían mecanismos para sortearla que no emplearon. Al contrario, lo que persiguieron fue distribuir con equidad su fortuna, favoreciendo si acaso a los más desprotegidos, y que reinase la paz familiar, disuadiéndola de emprender largos y fatigosos pleitos sucesorios, tan usuales en Cuba como poco frecuentes en Quivicán.

En lo concerniente a los esclavos, la quiebra, traspaso o transmisión de la propiedad era un momento crucial en sus vidas, sobre todo si implicaba reparto. El problema es analizado por las autoras con el mismo proceder empleado con los amos, mediante el

estudio de casos. La división de una fortuna –dicen– significaba normalmente la ruptura de las familias de africanos y, lo más interesante, el surgimiento de estrategias que la evitasen o contrarrestasen sus efectos. Así ocurrió en el cafetal El Rosario, uno de los ejemplos que se examinan. Al morir su fundador, la finca se dividió y también su dotación. La extensa sucesión del hacendado vendió, arrendó y prestó a los distintos individuos que la formaban. No obstante, Meriño y Perea descubren cómo algunos lograron mantener sus lazos y los de su parentela en tan extremas circunstancias.

Al estar ligado su ciclo vital al de los amos, los esclavos de familias más unidas y estables, poco prolíficas y/o que gestionaron mejor sus negocios y, por una u otra vía, lograron preservar la integridad de sus cafetales, fueron las que padecieron menos rupturas. Las autoras analizan el caso del Santa María Buena Vista, donde la dotación moraba en bohíos y no había criadero, síntoma de que se favorecía la convivencia de las parejas con sus hijos. Por la pericia empresarial del dueño, dicha dotación aumentó con el tiempo y, tras su muerte, no se dividió al tener un único heredero. Carecía éste de las habilidades del padre, pero tuvo el buen juicio de dejar la administración a su madre, mejor dotada para ello, quien siguió explotando la finca, dedicándola a producir alimentos, y evitó la dispersión de sus africanos hasta la década de 1870, cuando sufrió penurias económicas que le obligaron a vender. Fue común en dicha finca y muchas otras ofrecer a sus esclavos liberarse por coartación (auto-compra pactada con el propietario) y que los libertos permaneciesen en las haciendas en que habitaban sus allegados, lo que también contribuyó al mantenimiento de las familias.

Son éstas, sin duda, las principales aportaciones de *Un café para la microhistoria*, aunque no las únicas. El libro es breve, pero prolijo en investigación y detalles y las autoras también destacan muchas más cuestiones relevantes para la historia de Cuba y sus gentes. Muestran el caso de Quivicán como una zona donde no progresó la indus-

tria azucarera y por ello, igual que otras partes de la Isla, fue un espacio cuyo pasado se ha investigado menos. Solía ocurrir así en tierras mal dotadas de infraestructura y comunicaciones, y/o inapropiadas para la caña, pero aptas para cultivos varios. Parece que a aquella le favoreció la cercanía del mercado habanero, aunque las autoras no se percatan del hecho, y que quizás por ello siguió produciendo café cuando dejaba de sembrarse en casi todo el territorio con fines de exportación. En general, tales áreas dieron lugar a estructuras y dinámicas sociales determinadas por el azúcar y la esclavitud, igual que las demás en la Gran Antilla, pero con rasgos peculiares.

Sus peculiaridades histórico-económicas explican que en Quivicán los ricos fuesen criollos pero constituyesen una élite local debido a su absentismo que, a su vez, implicó la fuga de capital de la zona con efectos negativos para su progreso. Contribuyó también que los que quedaron no estableciesen redes de alianzas matrimoniales y mecanismos de preservación de la integridad de sus herencias, por lo que sus hijos solían descender en la escala social. Fruto de ello, la propiedad de los esclavos estuvo más distribuida entre sus gentes que en otros lugares de Cuba, lo que seguramente explica que su población mostrase un equilibrio inusual en la Isla entre hombres y mujeres, factor que, sin duda, coadyuvó a relaciones familiares más estables.

Esta riqueza de conclusiones, que lo es también de enfoque, método y conocimiento de la historiografía y sus discusiones, hacen de *Un café para la microhistoria*, como se ha dicho, un obra ejemplar e imprescindible en los estudios sobre el pasado cubano. Es un prototipo, si se nos permite la licencia, en el proceso de renovación en que están hoy estudios para incorporarse a los principales debates internacionales, nutrirse con sus aportaciones y, en general, preocuparse menos que hasta hace poco tiempo por problemas políticos o por la industria azucarera, tabacalera o actividades asociadas cuando aborda temas económicos. ■